



PRESIDENCIA  
DE LA NACION



SECRETARIA  
DE CULTURA

# CUADERNOS

DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGIA  
Y PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

# 17

BUENOS AIRES  
REPUBLICA ARGENTINA  
1996-1997



Los autores son responsables de las ideas expuestas en sus  
respectivos trabajos

SECRETARIA DE CULTURA  
DE LA PRESIDENCIA DE LA NACION

# **CUADERNOS**

DEL INSTITUTO NACIONAL  
DE ANTROPOLOGÍA  
Y PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

# **17**

BUENOS AIRES  
REPUBLICA ARGENTINA  
1996/1997

# AUTORIDADES

PRESIDENTE DE LA NACIÓN  
Dr. Carlos Saúl Menem

SECRETARIA DE CULTURA  
Dra. Beatriz Krauthamer de Gutiérrez Walker

SUBSECRETARIO DE CULTURA  
Sr. Enrique Llopis

DIRECTORA NACIONAL DE PATRIMONIO CULTURAL  
Lic. Magdalena Faillace

DIRECTORA DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA Y PENSAMIENTO LATINOAMERICANO  
Dra. Diana Rolandi de Perrot

## EVALUADORES DEL PRESENTE VOLUMEN

Marcelo Alvarez (Inapl), Alejandro Balazote (Universidad de Buenos Aires), Graciela Batallán (Universidad de Buenos Aires), Martha Bechis (Universidad de Buenos Aires), Silvia García (Inapl), Susana Hinze (Universidad de Buenos Aires), María Lagos (City University, New York), Lidia Nacuzzi (Universidad de Buenos Aires, Conicet), Daniel Olivera (Inapl, Conicet), Cecilia Pérez (Universidad de Buenos Aires, Conicet), Diana Rolandi (Inapl, Conicet), Jorge Roze (Universidad Nacional del Nordeste), Nelly Salinas (Universidad de Montevideo, Uruguay), Catalina Saugy (Inapl), Marta Savigliano (Universidad de California, Riverside), María Cristina Scattolin (Universidad de La Plata, Conicet), Myriam Tarragó (Universidad de Buenos Aires, Conicet), Marcelo Zárate (Conicet, Cricyt).

COMITÉ EDITORIAL  
Cristina Bellelli, Silvia García, Diana Rolandi

COLABORARON EN LA PRESENTE EDICIÓN  
Adriana Peters, Concepción Sierra, Cristina Zubillaga

SE AGRADECE ESPECIALMENTE A:  
Alicia Martín, Marcelo Alvarez, Juan C. Radovich, Daniel Olivera

## PRÁCTICAS ESPACIO-TEMPORALES, PODER E IDENTIDAD ENTRE LOS BAQUEANOS DE LOS ANDES SANJUANINOS

*Diego Escolar (\*)*

### RESUMEN

En este artículo intentaremos una aproximación etnográfica a la vida de los baqueanos sanjuaninos. Como objetivo central, se pretenderá mostrar hasta qué punto los particulares modos de autonomía de estos pastores, cazadores y arrieros de ganado, se apoyaron en gran medida en la invisibilidad cultural de la lógica de sus prácticas en los contextos socio-políticos en que se han insertado. Fundamentalmente, es el desarrollo de ciertos usos y representaciones del espacio y el tiempo por parte de los baqueanos y la puesta en juego de los mismos en su actividad seminómada y trashumante en la Cordillera de los Andes, aquello que ha permitido a estos grupos el ejercicio de formas efectivas de control y descontrol territorial y económico. Producciones culturales que posibilitaron márgenes de autodeterminación y agencia en las articulaciones políticas respecto de colectivos y procesos sociales más amplios como la disciplina social, jurídica y económica de los estados nacionales y provinciales y la hegemonía de las relaciones de producción capitalistas.

Asimismo, formas de pertenencia colectiva diferenciales, aunque no fácilmente observables, se vinculan al ejercicio y comunicabilidad grupal de estos usos del espacio y el tiempo y los saberes y estrategias que sobre ellos se han elaborado.

---

(\*) Instituto de Ciencias Antropológicas Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

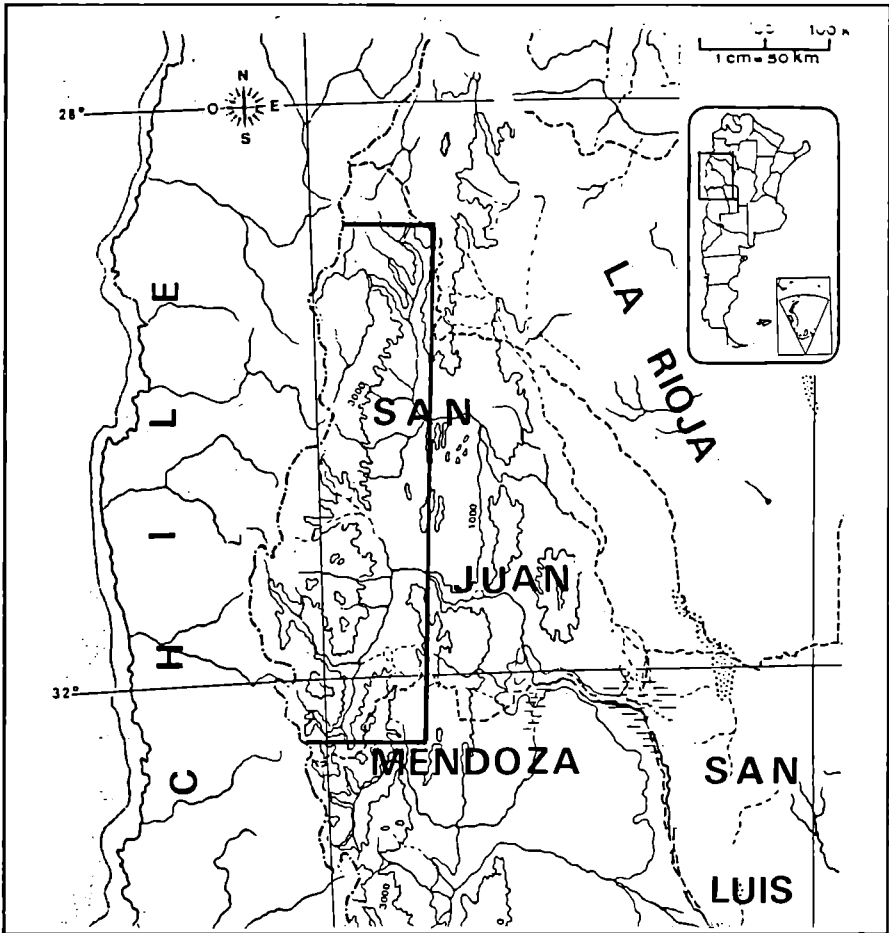
## INTRODUCCION

En la Alta Cordillera de los Andes, en San Juan, el término *baqueanía*<sup>1</sup>, derivado del calificativo *baqueano*, alude a un conjunto de prácticas culturales relacionadas con la actividad económica que ciertos grupos pastores, ganaderos y cazadores realizan en el interior de la montaña. Sus ejes son el viaje, el manejo de personas, animales y cargas en movimiento por senderos angostos y empinados, el uso y administración de los recursos naturales, como así también las técnicas de supervivencia en terrenos difíciles o frente a coyunturas climáticas adversas. Es *Baqueano* así quien comparte estos saberes y prácticas de la baqueanía, fundamentales para el éxito del pastoreo, la ganadería, la caza y el movimiento de grandes rebaños, majadas, arreos y recuas de carga en el interior de la cordillera. Conoce profundamente este área, distante de los oasis de regadío en los valles del piedemonte oriental de los Andes, lo que se denomina localmente *campo* o *cordilleras* en oposición a *pueblos*. Es en este último sentido, más restringido y a la vez más conocido, que la voz *baqueano* es utilizada como sinónimo de *guía*, especialmente de guía cordillerano.

Intentaremos trascender, en este trabajo, el conocimiento corriente de la categoría baqueano como guía, abordando la configuración de la baqueanía en San Juan como un modo particular de práctica y representación del espacio y el tiempo, cuya efectividad, inclusive, hizo de ella un capital valorizable en términos de poder político y económico concreto con respecto a otros grupos o marcos globales de hegemonía política y económica. De este modo, nos interesa enfatizar a través de la investigación sobre la baqueanía -en el clásico sentido de Raymond Williams (1977)- cómo prácticas culturales a menudo cristalizadas en categorías asumidas tan “naturales”, como el caso del espacio y el tiempo, se articulan como construcciones simbólicas que son también condiciones para la propia materialidad económica y política de la acción humana.

Asimismo, en estas páginas nos proponemos presentar un trabajo etnográfico en curso sobre la población cordillerana de la provincia de San Juan, sobre la cual los baqueanos nos ofrecen un interesante foco de aproximación, y en cierto modo, un primer recorrido. El escenario de esta investigación incluye los poblados de los valles ubicados entre la Precordillera y la Cordillera de los Andes y, especialmente, los senderos de mulas, pasos, altos valles y pasturas naturales de “*las cordilleras*” lo que denominamos “cordillera interior” (ver fig. 1), donde ocurre, se escurre, una movediza y desconocida vida social, notablemente marginada de los estudios antropológicos, como así también de las voces oficiales o la mención pública. (ver mapa)

Comenzaremos historiando que en la economía local, fue muy significativa la producción y tráfico de ganado en pie que se configuró desde la conquista de Cuyo a fines del siglo XVI, en el marco del desarrollo de la ganadería mercantil colonial. La misma, orientada comercialmente a los núcleos españoles de Chile y el mercado del Pacífico español, se apoyó en la explotación de la mano de obra indígena (Huarpes, Capayanes) utilizados como pastores y pasadores de ganado (Michieli, 1992). Esta actividad se vio favorecida por la gran demanda de ganado cuyano por parte de los enclaves españoles en el valle central de Chile, a raíz de las dificultades para su obtención en la zona ganadera del sur chileno debido a la guerra del Arauco (*ibíd.*). Diversas circunstancias prolongaron esta demanda hasta épocas cercanas, y su más reciente auge se vivió en el presente siglo, entre las décadas de 1920 y 1940, cuando enormes estancias cordilleranas que llegaban al límite internacional engordaban -en pasturas cordilleranas de los llamados “Valles Interandinos”- ganado local o proveniente de distintos puntos del interior de



Provincia de San Juan. Area Cordillerana

la Argentina, y lo ingresaban subrepticia pero sistemáticamente a Chile, utilizando diversos pasos fronterizos.

No vamos a analizar -ni a postular- en este artículo, por no haber profundizado adecuadamente, los probables procesos étnicos, pasados o actuales, relativos a los baqueanos -aunque el desarrollo que sigue pueda ser de utilidad para ulteriores investigaciones sobre esta problemática-. Sin embargo, no queremos dejar de mencionar que en la provincia, categorías como baqueano, *arriero*, o incluso *rastreador*, han connotado generalmente algo más que la posesión de un simple oficio, conocimiento, o la pertenencia a una determinada clase social. En la literatura sanjuanina, dichas categorías han sido a menudo utilizadas, incluso literalmente (Estrada, 1985) entre comillas, marcando subrepticamente una significativa "insuficiencia" en su denotación. Concretamente, la duda de los autores parece orientada en dirección a que dichos términos serían algo así como eufemismos "étnicos", que señalan un supuesto componente aborigen, oculto, transmitido como subterránea cultura e identidad (Ver p. ej. Sarmiento, D. F. 1966, 1963, Draghi Lucero, 1981, De los Ríos, s.d.).



Trataremos aquí, como aspecto central de la baqueanía, su particular articulación de prácticas y representaciones espaciales y temporales, las cuales son radicalmente diferentes a aquellas categorías y usos de espacio y tiempo configurados concomitantemente y en estrecha relación al desarrollo de la economía, mercantil, capitalista y la industrialización masiva del occidente europeo (Thompson, 1984; Le Goff, 1983). Diferencias por las que los conocimientos y aptitudes del baqueano constituyeron una capacidad altamente valorada en la economía local, como así también un eficaz instrumento para el mantenimiento de ciertas formas de autonomía por parte de los baqueanos.

## HALLAR A LOS BAQUEANOS: EFECTOS DE VISIBILIDAD ANTROPOLOGICA SEGUN LA DEFINICION PRACTICA DEL "CAMPO" EN LA METODOLOGIA DEL TRABAJO DE CAMPO

Los baqueanos no constituyen un colectivo social aislado, en la medida en que conviven, interactúan y se intersectan con otros grupos o adscripciones colectivas, como en mayor o menor medida ocurre con cualquier forma de comunidad y grupo instalado en una sociedad nacional. Por las actividades económicas que se realizan en los sectores más densamente poblados de los valles del piedemonte andino donde tienen sus hogares los baqueanos, podríamos considerar que el entramado social del que forman parte está integrado por comerciantes, empleados de servicios estatales provinciales y municipales (distribución del agua, electricidad, camineros), mineros, trabajadores de fincas agrícolas especieras o frutihortícolas, peones, pequeños ganaderos, pequeños empresarios ligados a una incipiente industria turística, gendarmes y militares con sus familias, docentes, turistas de paso o con propiedades en los pueblos, cuentapropistas y oficios (albañiles, herreros, carpinteros, mecánicos).

Pero sería erróneo caracterizar a los baqueanos apeándonos a las categorías que hemos enumerado. Podríamos seguramente incluirlos como participantes de algunas de ellas con poca probabilidad de equivocarnos, y el resultado no nos serviría aún para definir la especificidad colectiva de los baqueanos. Si caminamos por las calles arboladas de los oasis donde se ubican los pueblos, entre canales y acequias de riego, podremos ver chacras, casas de adobe con pequeños terrenos, y, en algunos, ciertos pequeños "barrios" construidos en el marco de planes habitacionales para sectores populares, producto de los afanes del Estado del Bienestar. La gente que vive en la mayoría de estas casas, chacras y barrios, no son turistas, ni gendarmes, ni pequeños empresarios, aunque pueden ser todo lo demás, en variables combinaciones. Y los baqueanos están allí. O no.

Si bien a menudo un baqueano puede ser peón de finca, albañil, pequeño ganadero, empleado de Hidráulica o Vialidad, minero, quizá un pequeño comerciante, un chileno o un argentino, ninguno de estos términos alude a su baqueanía.

La categoría baqueano articula, más bien, un -incompleto- señalamiento sobre formaciones culturales y económicas que en ciertos aspectos se remontan a períodos anteriores a la colonización española, que aunque transformadas en su incorporación a culturas y economías hegemónicas configuraron en este proceso algunos aspectos *sui generis* en relación a estas últimas.

Formaciones vinculadas, a una economía pastoril de montaña, al intercambio comercial de ganado con plazas distantes, a la producción cazadora, y especialmente a una práctica central en las mismas: los traslados prolongados *en y a través* de la cordillera, y de la precordillera. Aunque ciertamente su importancia ha disminuido en nuestros días, o en gran medida han sido disgregadas, suplantadas, no han en modo alguno de-

saparecido, y se manifiestan en forma más o menos subrepticia en la escena cotidiana.

Y hay circunstancias que propician esta observación. No casualmente, la relativa invisibilidad de las prácticas de los baqueanos se revierte cuando éstos (relativamente invisibles) se encuentran en situación de viaje o trashumancia en el ámbito de la cordillera. La baqueanía es activada en el viaje, navegando la montaña a caballo o en mula, a varios días de cualquier caserío, y contando sólo con los propios recursos y capacidades para la subsistencia; es decir, fundamentalmente, en el ámbito de la cordillera. Es allí, también, donde la baqueanía deviene blasón y no vergüenza, a menudo venganza, y el baqueano cambia radicalmente la actitud hacia el extranjero o hacia los representantes del poder estatal o económico, como los hacendados o los gendarmes.

Podríamos decir que los baqueanos se construyen y consideran como tales específicamente en estas circunstancias, y eso se traduce en una actuación de autoridad diferente y superior, a las que asumen en los pueblos. Si en éstos manifiestan actitudes más sumisas o esquivas, y se avienen a relaciones de cierto sometimiento frente a otros grupos, en la *cordillera* rompen significativamente ese posicionamiento, e incluso pueden llegar a invertir las relaciones de autoridad, para que la situación vuelva a modificarse en forma casi automática cuando retornan a los pueblos. En la cordillera y en la marcha, junto con la reivindicación de saberes, prácticas, y valores encubiertos generalmente por dominaciones y hegemonías internalizadas, se reorientan otras identificaciones y valores, se caen las máscaras de invisibilización. En la experiencia y actuación -siquiera acotada- de la inversión del sometimiento, los baqueanos aceptan e incluso procuran ser, básicamente, baqueanos.

Nuestro trabajo de campo intentó la ubicua tarea de rastrear la emergencia de la baqueanía. Se realizó, por consiguiente, no sólo en los sitios de mayor concentración poblacional de los valles piedemontanos donde los grupos habitan en forma semipermanente, sino también -y sobre todo- en los senderos y valles de la *cordillera interior*, desplazándonos día a día, a través de la misma, en pequeñas caravanas de mulares y caballos (ver fig. 1).

Pero seguir estas actividades en las que los baqueanos se consideran y construyen

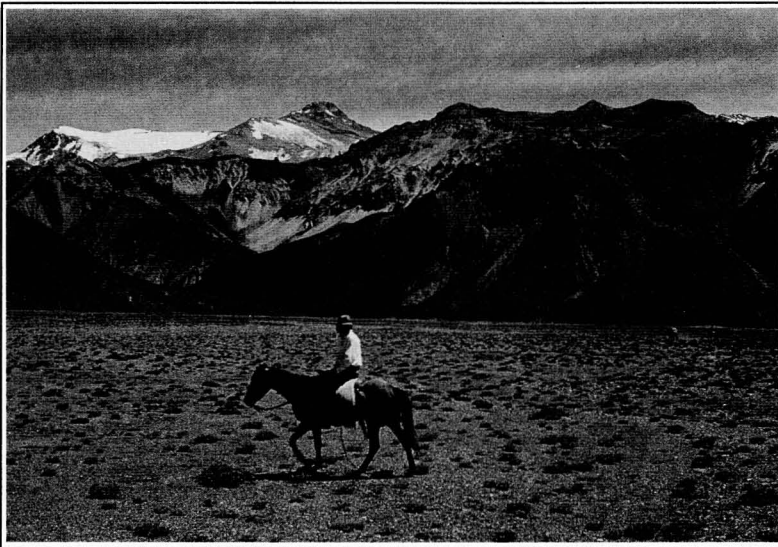


Figura.1:  
Baqueanos  
en los Valles  
Interandinos  
o *veranadas*

como un colectivo distintivo de pertenencia común, obligó a un replanteo de ciertos supuestos sobre la propia práctica del trabajo de campo; específicamente, los vinculados a la estrecha relación de ésta con conceptos tradicionales en la etnografía del siglo XX ligados a la imagen de “territorialidad” del campo.

En su artículo “*Travelling cultures*”, James Clifford (1992) señala cómo la etnografía del siglo XX, especialmente después de Malinowski, construyó en general a sus objetos -comunidades, culturas, sociedades- como totalidades organizadas en derredor de un *locus* particular. Así Malinowski, en *Los argonautas del Pacífico Occidental* (Clifford, 1992) contribuye en forma decisiva a consolidar la imagen (luego el imperativo metodológico) de la tienda del etnógrafo instalada en el centro de la aldea como punto privilegiado para conquistar la mejor perspectiva de la vida tribal.

Las aldeas, los pueblos, (posteriormente reemplazados por las ciudades, vecindarios y hospitales) sirvieron al mismo tiempo como representaciones de la totalidad cultural y como vía para centralizar la práctica de investigación. Paralelamente, la noción de “campo” se instituyó como la delimitación espacial y temporal de los objetos etnográficos, paradigmáticamente la *cultura* y la *comunidad*: como dice Clifford, (1992: 28) “ ‘Aldeas’, habitadas por ‘nativos’ son sitios delimitados, particularmente adecuados para visitas intensivas por parte de los antropólogos. Ellas han servido largamente como centros habitables y mapeables de la comunidad, y por extensión, la cultura”. La etnografía, así, tendió a reproducirse como una práctica de residencia, y el trabajo de campo como una forma de residencia localizada, sobre el supuesto de la neta circunscripción territorial de las relaciones culturales y comunitarias.

Esta localización de los objetos antropológicos como campo ha condenado a la marginalidad etnográfica a una serie de actores y relaciones sociales cuya relación con la territorialidad es desafortunadamente más confusa, a problemáticas “fronterizas”, en el sentido más amplio del término. James Clifford (*ibíd.*) refiere de un modo no inocente, que aunque las personas estudiadas por los antropólogos han sido frecuentemente “hogareños”, algunos sin embargo han sido viajeros.

Si ha sido después de Malinowski cuando el trabajo en el terreno entre ‘nativos’ comenzó a ser considerado como equivalente a una práctica de co-residencia más que de viaje (*ibíd.*), nuestra estrategia de trabajo de campo sería en este sentido “premalinowskiana”, ya que en cierta forma se monta sobre una tradición de observador-viajero consensuada como práctica distintiva del etnógrafo previamente a la imposición del paradigma de la instalación estable en un núcleo poblacional como práctica emblemática del trabajo de campo.

## LA BAQUEANIA, PRACTICA Y SABER DEL ESPACIO

Las dificultades que entraña una práctica de investigación de campo orientada por localizaciones territoriales fijas para investigar y comprender relaciones y culturas “viajeras”, es quizá una manifestación de la dificultad más general de los antropólogos occidentales de relativizar (y no revitalizar) las propias nociones y prácticas de espacio y tiempo al abordar las poblaciones en estudio.

En la tradición etnográfica, conceptos como sucesión, ritmo, cambio, transformación, repetición, medida, correlación entre acontecimientos, momento, duración, territorialización, centro, límite, distancia, vida y muerte, han sido interpretadas como categorías vinculadas a nociones nativas de “tiempo” y “espacio” (Bohannan, 1967). Sin embargo, frecuentemente las poblaciones estudiadas por los antropólogos no consignan

estos hechos y conceptos bajo sistemas comunes de representación tales como en la cultura “occidental” lo constituyen las categorías de *espacio* y *tiempo*, en función de las cuales objetos, prácticas y fenómenos pueden ser también estandarizados, cuantificados, medidos, calculados, administrados e incluso vendidos.

Pero espacio y tiempo, lejos de constituir categorías a priori de la experiencia y el conocimiento, son productos históricos, cuya especificidad es rastreable en determinados procesos sociales. Según algunos autores, el punto de inflexión para las configuraciones del modo en que concebimos el espacio y el tiempo podríamos indicarlo en el desarrollo de la actividad mercantil en el occidente medieval (Le Goff, 1983) en la que tiempo y espacio comienzan a ser conceptualizados como medidas standard para el cálculo del beneficio del capital: para los mercaderes, cuyo negocio resta en la comunicabilidad mercantil, es decir traficar productos propios de un mercado a otro distante en donde este es escaso, el espacio en tanto distancia pasa a constituir el patrón central para la determinación del precio. Es el tiempo transcurrido en el viaje entre el momento de inversión del comerciante (en un mercado) y la realización del producto (en otro), lo que determinará el valor de la mercancía en el segundo mercado.

Luego, para la lógica del capitalismo, la standarización y abstracción del tiempo de la noción de espacio como distancia, será un elemento cultural clave en la posibilidad de la abstracción misma del capital, proporcionando una medida de referencia para su valorización y el cálculo del interés.

Según Thompson (1984), por otro lado, este proceso se completa en el desarrollo de la lógica de la producción industrial (concomitante a la expansión hegemónica de la lógica capitalista) y sus disciplinas de trabajo, donde la racionalización del tiempo se constituirá en un elemento central para la organización de la producción fabril, penetrando en la organización general de la práctica cotidiana. Tiempo y espacio habrían quedado asociados, en este proceso, a las ideas de medición, cálculo, e incluso de propiedad, que han caracterizado a las representaciones económicas y sociales de la modernidad hasta hoy día.

Por lo tanto, no existirían concepciones naturales de espacio y tiempo. Por el contrario, su construcción habría sido producto, en principio, de una historia de haceres, de prácticas concretas, y, especialmente, su generalización e inscripción en tanto categorías *naturalizadas*, sería parte de procesos de hegemonía cultural, en los cuales fueron extremadamente eficaces como articuladores de otras prácticas sociales emergentes.

En este sentido, intentando paliar cierto etnocentrismo seguramente inevitable al considerar categorías baqueanas de espacio y tiempo (*cf.* Bohannon, 1963) intentaremos pensarlos como prácticas más que como ideas o sustancias; o más bien como aspectos generales de la práctica cotidiana, que en ciertos desarrollos culturales pueden hallarse más o menos conceptualizados en una categoría o un conjunto de categorías. Y procuraremos conocer, con una mirada análoga a la que los citados autores proyectaron sobre la construcción de las categorías de espacio y tiempo hegemónicas desde el desarrollo del capitalismo, a los propios baqueanos a través de sus prácticas espaciales y temporales.

La baqueanía constituye, como hemos insinuado, una *travelling culture* (Clifford, 1992), una práctica, un saber, una cultura de viajeros que de algún modo subsume prácticas y teorías alternativas en relación con lo que generalmente entendemos como espacio y tiempo. Comenzaremos nuestro análisis describiendo brevemente la actividad desplegada por los baqueanos en la cordillera y luego abordaremos las prácticas espaciales y temporales implicadas en la misma, particularmente constitutivas de la baqueanía.

El modo general de “habitar” el baqueano la cordillera se caracteriza por un per-

manente desplazamiento cuyos motivos centrales son la expedición de caza, la *recogida* de ganado mayor, el pastoreo de ganado menor e, históricamente, la empresa de tráfico transcordillerano; la primera tiene por finalidad aprovisionarse de carne de guanaco, la segunda reunir el ganado -propio o perteneciente a una estancia o propietario con los cuales estén ocasionalmente empleados- disperso en una zona de la cordillera para controlarlo y reubicarlo; la tercera, implica el establecimiento móvil, junto con un rebaño de cabras durante algunos meses en una zona de pastaje de la cordillera (ver fig. 2).

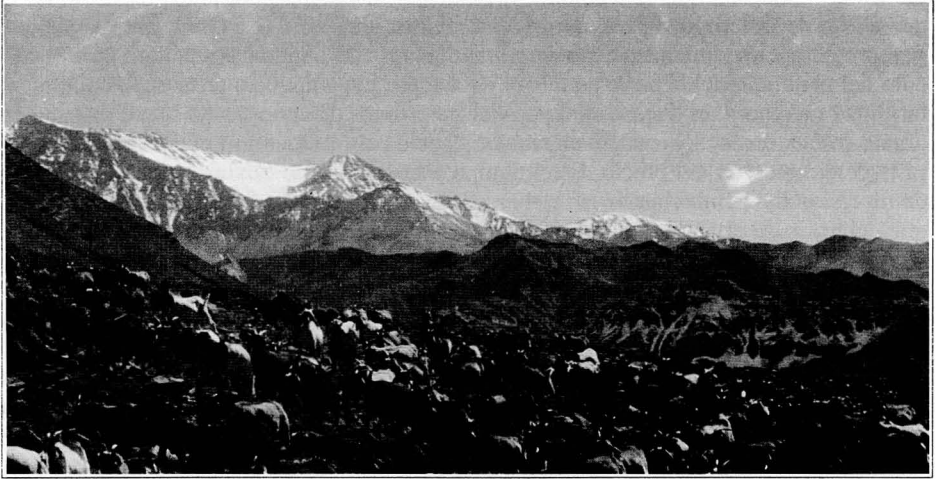


Figura 2: Puesteros de cabras provenientes de Chile, en la Alta Cordillera

La última, aunque ciertamente muy reducida en la actualidad, consiste en el arreo de ganado en pie o caravanas de mulas con carga hacia -en el primer caso- o desde -en el segundo- el territorio chileno, atravesando la cordillera.

Estos procesos varían estacionalmente, siendo distinguibles dos períodos principales. Uno, correspondiente a los meses más cálidos en los cuales se produce el deshielo, aproximadamente entre septiembre y abril, y el otro a los meses fríos en los cuales el área de los cordones cordilleranos y valles interandinos se cubre con varios metros de nieve, entre mayo y septiembre. Las complejas variaciones en las prácticas sociales y económicas de los baqueanos según la estacionalidad serían motivo para un desarrollo mucho más extenso del que podemos permitirnos en este trabajo. De forma muy general, sin embargo, indicaremos que si bien las actividades mencionadas reconocen diferencias según los períodos estacionales, esas diferencias no implican que haya actividades productivas que desaparezcan totalmente en uno u otro período -como sí detalla Marcel Mauss (1979 [1905]) para el caso de los esquimales- sino más bien cambios en la modalidad de las mismas; especialmente, en la organización y distribución espacial, la frecuencia y amplitud de los movimientos.

En invierno, las pasturas de los Valles Interandinos y las de las cumbres y faldeos precordilleranos se cubren por varios metros de nieve. El ganado se distribuye en zonas de pastaje más bajas, en los piedemontes de la cordillera y en las estribaciones de la precordillera. Es allí donde por la altitud o factores microclimáticos se produce una franja con malos pastos invernales, debido a coincidir con el borde de las nevadas: la escasa nieve que allí se acumula intermitentemente, de acuerdo a la intensificación de las tormentas, se derrite rápido, descubriendo e irrigando el terreno y posibilitando así la exis-

tencia de pasturas invernales. Los principales animales de caza, es decir los guanacos, aprovechan la misma coyuntura y descienden a las mencionadas cotas, concentrándose también en torno a dichos territorios de pastaje. Sin embargo, esto no quiere decir que se suspenda la actividad de caza. Sabiendo adaptarse al clima y la marcha invernal, pueden realizarse expediciones más cortas y con mayor frecuencia, debido a la relativa proximidad de las presas. Así, en esta época, la distancia de los recorridos se reduce, ya que tanto el ganado como los animales de caza se hallan más cercanos a los poblados (ver fig. 3).

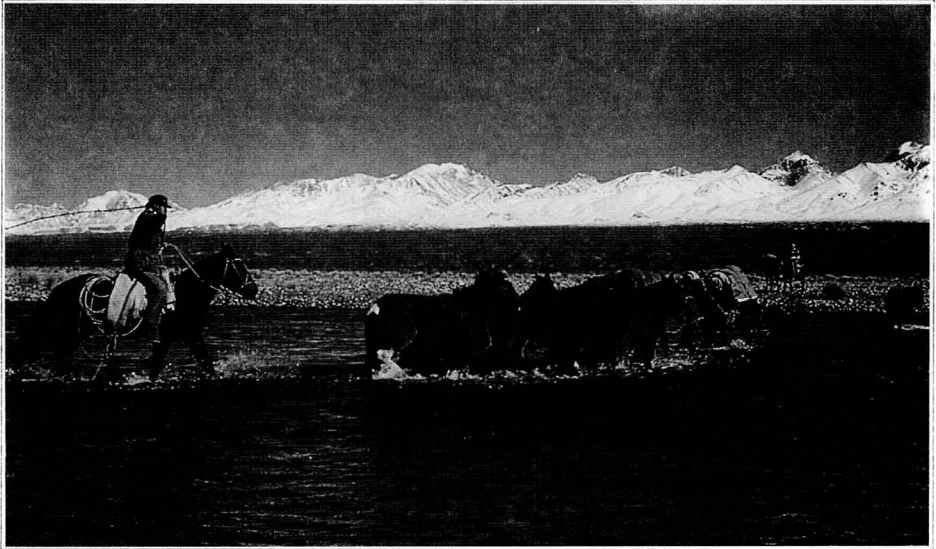


Figura 3: Expedición invernal a zonas de piedemonte

En los meses cálidos acontece una múltiple transformación. La nieve se derrite y es posible acceder a los valles y faldeos interandinos y el ganado es trasladado a las pasturas que allí se producen por el deshielo. Los viajes son más largos: por la ubicación distante de los valles y por la mayor dificultad de desplazamiento en el terreno cordillero.

El hecho central que pasaremos a analizar, es el de que casi todas las actividades que se realizan en este sector de los Andes implican el movimiento conjunto de personas y animales: así, el pastoreo de ganado requiere movilizar los *arrees* a pasturas estacionales distantes; el tráfico, el transporte de recuas de mulas que llevan las cargas; para las expediciones de caza de guanacos, es menester contar con mulas para transportar las piezas o su carne desde los territorios de caza; cualquiera de estos grupos transporta además víveres, ropas, utensilios y herramientas, etc., que son dispuestos en baúles de cuero y bultos en el lomo de las mulas; finalmente, aún en un viaje que se proyecte por una mínima cantidad de días, es menester llevar animales de reserva, tanto de carga como *silleros*. Designaremos a la organización general del desplazamiento de animales y personas implicada en las mencionadas actividades con el término *caravana*.

La caravana configura una suerte de “micro-sociedad” trashumante que tiene al *camino* como eje de su actuación y organización cotidiana, tanto desde el punto de vista de la distribución del conjunto móvil en el espacio, como en lo que atañe a orientar

un conjunto de actividades principales: jornadas de marcha, paradas, disposición de campamentos, incursiones de caza, recogida de ganado, etc. El camino es para el baqueano, de algún modo, tanto la referencia como el referente el eje de la espacialidad cotidiana de la caravana. Objeto privilegiado de su conocimiento y aprendizaje, consiste en una senda denominada icónicamente "*camino de herraduras*", cuyo trazado deriva de una sucesión de huellas de animales de monta, carga, y ganado, que han surcado previamente el mismo sitio en fila de uno en fondo (ver nota nº 6). Y si bien en algunas zonas forma un cauce nítido de tierra suelta de unos 40 cm. de ancho, en otras puede ser invisible para el no baqueano (ver fig. 4).

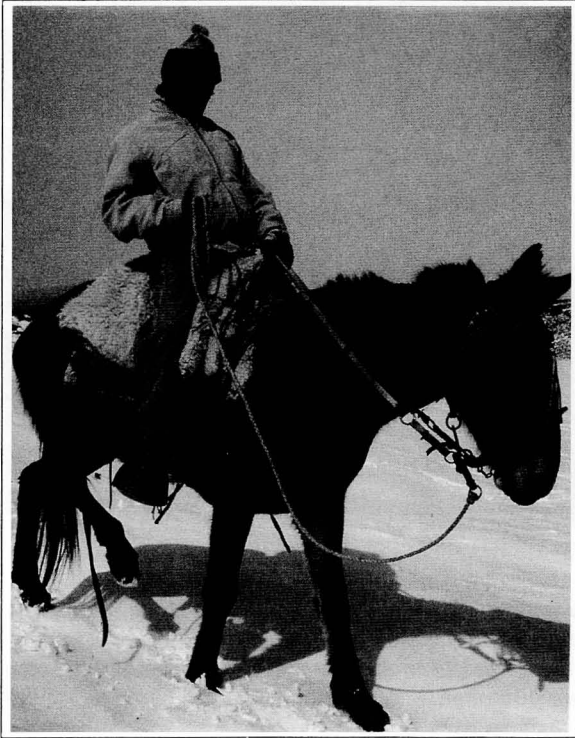


Figura 4: Rastreado  
un camino bajo la nieve

La iniciación en la "baqueanía" a la que fui sometido en mis primeros viajes, incluyó diversas materias: la adquisición de "paradigmas indiciarios" (Guinzburg, C., 1994:138-175), tales como sistemas de interpretación y predicción de acontecimientos distantes a partir de atender a elementos del entorno y el rastreo de huellas de distinto tipo, la búsqueda de leña enterrada en áreas de puna, manejo de animales, destrezas y conocimientos para protegerse y sobrevivir al voluble clima cordillerano etc. Pero el principal tema de aprendizaje que fue instalado por los baqueanos para mi aceptación en la dinámica del grupo, fueron las conductas apropiadas a la participación en la empresa móvil de la caravana en su totalidad, en la cual tenía capital importancia el uso y reconocimiento del camino. Una de las primeras pruebas consistió en ir al frente de la caravana (el papel del "*marucho*"<sup>5</sup>, tratando de seguir lo que yo considerara que era el camino -o a veces, más bien, el camino apropiado en una maraña de senderos -guiando a la victoria o a la derrota la abigarrada fila de mamíferos con sus cargas, que circuns-

tancialmente se extendía en más de un kilómetro o se apretaba en unas decenas de metros. El *stress* de las órdenes y reprimendas, gritadas a voz en cuello, de las cuales sólo comprendía o interpretaba una pequeña parte, y el hecho de que mis acciones correctivas -que con ingenuidad suponía “correctas”- producían reacciones aún más virulentas, me llevó, frente al despotismo de mi objeto-sujeto y al agotamiento de la marcha, al límite de mi “resistencia etnográfica”. Sin embargo, pude comprender rápidamente que la mayoría de los comentarios estaban centrados en tres ítem generales: seguir adecuadamente el camino (no salirse del mismo), mantener un ritmo de marcha adecuado a una suma de circunstancias diversas (tipo de terreno, estado de los animales y amarre de las cargas) y preservar una determinada distancia del resto de los animales. Esto que aparentemente podría parecer simple, fue en realidad el comienzo de un largo -valga la redundancia- camino de aprendizaje, clave para comenzar a comprender la baqueanía como un conjunto de saberes especialmente orientados a la “administración” del espacio y del tiempo en la cordillera.

La prueba por lo tanto no era casual, sino la primera etapa del plan para mi novel educación en la baqueanía, que me colocaba frente a los elementos principales del sistema caravanero: el camino, es el principal referente en la organización de la actividad de la caravana, no sólo porque la temporalidad y orientación espacial de la misma -duración de la marcha, períodos de descanso, planificación de rutas y campamentos- se estructura sobre referencias asociadas al mismo, sino básicamente porque los baqueanos miden las distancias en función del *tiempo medio de marcha* que desarrollan las mulas y caballos cuando viajan en caravana, el cual está a su vez directamente vinculado a un conjunto de variables particulares del camino: por ejemplo la “textura” del terreno, el ángulo y el sentido -hacia abajo o arriba- preponderante de sus pendientes, la altitud, el cruce y peligrosidad de cursos de agua, la estabilidad del suelo que determinará posibilidades de rodadas o desbarrancamientos. También se consideran parte de un “camino” otras circunstancias colaterales como la disponibilidad de pastos para alimentar los animales, agua, leña, sitios para pernoctar o *alojos*, etc. El saber sobre este conjunto de características particular de los caminos utilizables en un sector de la cordillera, o la capacidad para inferir dichas características a partir de ciertos indicios, es patrimonio central de la baqueanía.

Pero el tajante imperativo de no salir del camino se debía más bien, en lo inmediato, a una racionalidad práctica de la economía de la caravana, por la cual es preciso ajustarse lo más posible a él, en la medida que se economiza tiempo y trabajo si hombres y animales mantienen un orden de marcha en fila india<sup>6</sup> y a paso uniforme.

En primer lugar, para que los animales sigan una dirección prevista deben ser *arriados*, esto es inducidos a desplazarse en dicha dirección mediante gritos, silbidos, onomatopeyas, gestos, y el propio movimiento de los jinetes *arrieros*. En cuanto los animales se apartan del camino y tienden a dispersarse, se requiere reorientarlos en la dirección y el sentido correctos, lo cual implica una intensificación del trabajo y una pérdida de tiempo, ya que la sumatoria de los desvíos del rumbo implica recorrer una mayor distancia, y por ende mayor actividad de los arrieros para devolver los animales al rumbo principal. También es regla fundamental ajustarse al camino manteniendo el ritmo adecuado de la marcha: aquel que optimiza la velocidad sin acabar con la resistencia de los animales, en relación con el proyecto de viaje total. Los hombres no deben alterar en lo posible el ritmo de la marcha ni su posición en la fila; si alguien se detiene, la caravana aumenta la tendencia al desorden y la dispersión. Algunos animales siguen el ejemplo del jinete y se paran; otros continúan; otros se desorientan y se alejan del camino. Si un jinete pasa a otra posición, esto es, se adelanta en la fila, o se aparta del ca-



mino y avanza en forma paralela, los animales que han sido adelantados lateralmente tienden tanto a incrementar la velocidad de la marcha, empujando a los de adelante y promoviendo su dispersión, como a abrirse en la dirección contraria al jinete, saliendo del camino e induciendo la misma actitud en el resto, ya que tanto ganado como cabalgaduras están entrenados para marchar juntos y, sobre todo, en línea.

En segundo lugar, la importancia de la fidelidad de la marcha al camino, radica en que al ser éste siempre el terreno más conocido por el baqueano, aumenta la predictibilidad de situaciones y condiciones de marcha, y por lo tanto de tiempos y distancias; se logra así disminuir el nivel de *riesgo* de la empresa caravanera. Dado que han atravesado por el mismo sitio anteriores caravanas o tropas de ganado, pisar en él es pisar en terreno relativamente seguro, evitando derrumbes, hundimientos, etc. que puedan lastimar o desbarrancar animales y jinetes. Por otra parte, dado que el suelo es muy pedregoso y árido, el camino suele ser más blando, debido a que los animales con su paso sucesivo van pateando las piedras fuera del cauce principal, formando generalmente un lecho de tierra blanda y uniforme. Esto no sólo permite avanzar más rápido, y de forma mucho más cómoda para los jinetes (la dureza y uniformidad del terreno determina también la de las pisadas de las cabalgaduras), sino también no gastar excesivamente herraduras o “*destapar*” (quebrar, abrir) los cascos de los animales, impidiendo su continuidad en la marcha y quizá inutilizándolos de por vida. Los animales “de cordillera”, por último, merecerían un capítulo aparte: las mulas, caballos, vacas, cabras y ovejas, aquellos que participan habitualmente de los desplazamientos cordilleranos, son entrenados para respetar el camino, ubicarse en fila india sin pasarse, e incluso reconocer las sendas adecuadas para dirigirse a determinados lugares. Los actores hablan de mulas, caballos y ovejas “baqueanos” cuando son capaces de marchar solos de esta manera, siguiendo el camino adecuado, sin necesidad de ser arriados, a veces durante varios días, debiendo cruzar ríos o ascender pasos del orden de los cinco mil metros de altitud. Los animales “baqueanos” son también aquellos que han sido criados en pasturas de la cordillera y, como hemos podido comprobar, reconocen un nuevo camino luego de recorrerlo una vez, pudiendo retornar solos en el sentido inverso con el simple trámite de orientarlos en el movimiento inicial.

Pero lo que más nos interesa destacar, es que el camino constituye el referente sobre el cual se organizan y “condensan” las representaciones espaciales y temporales. Si se le pregunta a un baqueano cuántos kilómetros hay entre tal valle y tal paso, o que distancia recorreremos el próximo día, responderán invariablemente: “cuatro horas bien caminadas” o “nueve horas” o bien “son cinco días desde tal a tal lugar. aunque aquella vez yo lo he hecho en cuatro”. A partir del ritmo del paso de los animales y en relación con las condiciones particulares del camino a recorrer, se calculan trayectos y se describen distancias: la baqueanía considera así la distancia por el tiempo medio de marcha que desarrollan las mulas y caballos cuando viajan en caravana, en función de las condiciones de un determinado camino.

Ya en 1828, Narciso Parchappe (En Sarmiento, 1963<sup>7</sup>) comentaba que “Los baqueanos raramente aprecian las distancias por leguas y jamás tienen una idea real de esa medida; el tiempo y el andar del caballo son los elementos que utilizan como base para sus cálculos y así dicen: al galope se llega de tal punto a tal otro en tantas horas”.

*El tiempo y el andar del caballo. De tal punto a tal otro.* El camino como referencia espacial y la duración de la marcha como modo de temporalización son determinados por el andar de las cabalgaduras (por lo que podríamos pensar que la denominación local “camino de herraduras” es absolutamente atinada). El camino, organizador principal del espacio trashumante, y la velocidad de la marcha, organizador de la temporalización

dad, son construidos por el baqueano a través de una metonimia de la huella y el movimiento del paso de los animales respectivamente. La pisada del caballo y especialmente de la mula, es la que determina el camino en la cordillera, sea por formar un cauce o una sucesión de huellas esporádicas y apenas reconocibles. La distancia y duración de la marcha por otra parte, son también generalizaciones del ritmo y amplitud del paso (básicamente su frecuencia y extensión). De este modo, es el “andar” del caballo o la mula el instrumento de cálculo de la duración, y esta duración estandarizada en un tipo de paso el que permitirá calcular la distancia. La duración consiste en el paso standard de la mula, y la distancia en la relación paso standard/horas de marcha. A la observación de Parchappe deberíamos agregar que este tipo de medición de la distancia siempre supone como variable dependiente la extensión espacial del trayecto. El espacio no es “desparticularizado” y “destemporalizado” esto es, no es abstraído del tiempo insu- mido en recorrerlo en función de las condiciones concretas del terreno, la altitud, el clima, la infraestructura “culturalmente aprovechable” para la subsistencia asociadas a un camino particular.

La medición de la distancia por la relación unidad de tiempo-paso de marcha es, ciertamente, más apropiada a las necesidades de previsión en la cordillera que las unidades exclusivamente espaciales. Las pendientes, cantidad de curvas y desvíos, lo abrupto del terreno, la fuerza y sentido microgeográficamente variable del viento, condicionan la velocidad del paso de la cabalgadura y tornan imposible determinar, en caso de no tomar en cuenta esas variables y reducir esos abigarrados trechos a kilómetros “lineales,” el período de tiempo que demorará el recorrido; y esto es lo que importa en la cordillera.

Ahora bien, este conjunto de prácticas y formas de conceptualizar el espacio que hemos caracterizado en la baqueanía se traduce en una capacidad diferencial de los baqueanos no sólo para desarrollar actividades, sino también para la propia subsistencia y quizá, en última instancia, para disputar al menos parcialmente su sujeción y disciplinamiento al dominio estatal mediante formas de poder territorial.

Evocaremos un ejemplo: en cierta oportunidad, realizando un viaje con un grupo de baqueanos nos encontramos con dos estudiantes de geología que realizaban trabajo de campo en la zona; poseían un libro de fotos satelitales en gran escala que cubría el área andina de San Juan y Mendoza. Querían ir y volver a un lugar que desconocían, donde para llegar era necesario tomar por una quebrada que, de acuerdo con sus fotos, interpretaban como un camino sencillo. Observé sus fotos y efectivamente nada parecía contradecir la imagen de una quebrada baja, continua y que no estaba surcada por precipicios o profundos cursos de agua. Sin embargo los baqueanos insistieron en que no podrían llegar sino en varios días, y que el camino era difícil para quien no lo conociera; en fin, que no era aconsejable ir a pie, sin preparación y cargando sus mochilas. De todos modos, la pareja desoyó los consejos, y emprendió camino.

Casi al anochecer del día siguiente aparecieron, deshidratados y con las piernas rígidas por el calambre. No habían llegado al sitio; las faldas de la quebrada (en las fotos aparentaba ser poco empinada) estaban compuestas de piedras sueltas, formando cascadas precariamente inmóviles (*acarreos*), que a cada paso resbalaban en pequeñas avalanchas; no podían descender a buscar agua del río porque éste corría encajonado entre paredes rectas de diez o veinte metros, lo cual no habían podido distinguir (ni siquiera buscar o imaginar) en la foto; no era posible escalar hacia la cima; cuando quisieron acampar, debieron hacerlo en plano inclinado, en las piedras, porque no había otro sitio; demás está decir que tampoco en esas laderas fue posible hallar leña, por lo cual debieron soportar sin fuego una temperatura de cinco o diez grados bajo cero (en verano).

Como corolario, a la mañana siguiente, un cóndor los rondaba permanentemente en lo alto, y según comentó más tarde el baqueano, cuando éste permanece volando es porque sigue los pasos de su socio en la caza, el *león* (el puma), esperando alimentarse con las sobras que éste deja en la cacería.<sup>8</sup> Gracias a que sí sabían esto último, y a que las penurias habían sido suficientes para asumir que *Gea* no se llevaba con la *Geología*, decidieron emprender la retirada.

La radical diferencia en los modos de representar el espacio terrestre se observa también en otro tipo de práctica, menos frecuente pero para nuestro propósito de investigación muy significativa: la confección de *derroteros* (a veces llamados “*rodoteos*”) o mapas gráficos baqueanos, y las frecuentes orientaciones verbales o (“*derroteros orales*”) que ofrecen cuando se trata de explicar o discutir un trayecto.

Estando una vez acampado mi grupo en cierto valle interandino, inquirí a un baqueano respecto de si los mapas más completos, como las cartas militares, no serían útiles para manejarse en la cordillera. Me respondió que los mapas no servían, porque no indicaban los caminos por donde es posible transitarla, ni las pequeñas aguadas con pasto y agua para sostener los animales en viaje, ni siquiera los mejores tenían el suficiente detalle para percibir donde estaban las *pasadas*, si lo que aparentaba un terreno regular no se cortaba por una mínima pero infranqueable garganta, o un riacho cuya profundidad o turbulencia obligara a dar un rodeo de varios días. “*Lo único que sirve -me decía- es un mapa hecho por alguien que conozca el camino* [es decir un baqueano], *donde esté puesto lo que importa*”. *Lo que importa* son ciertas referencias que un baqueano habitualmente contextualiza, y que un extranjero difícilmente perciba: el sitio de los pasos, un cerro colorado (donde quizá haya multitud de cerros colorados) un *peñón* entre cientos, un conjunto de matorrales, una *pirca*,<sup>9</sup> dónde hay *vegas*<sup>10</sup> con agua, leña y pasto para los animales.

En estos “mapas” no necesariamente se guarda una escala homogénea: así, dos puntos que pudieran estar separados por diez kilómetros pueden aparecer más cerca en el plano que otros dos que están a cinco. Los efectos gráficos tienden a destacar los puntos que son relevantes para orientar el recorrido, los cuales no son necesariamente significativos o incluso reconocibles para un no baqueano. Los símbolos que representan dichos puntos tampoco guardan escalas proporcionales al tamaño de los sitios u objetos simbolizados. Una montaña puede representarse más pequeña que una vertiente, un peñasco o el esqueleto de un mula. Se trata de una sucesión ordenada de referencias donde lo primordial es el camino, las bifurcaciones correctas y las que no hay que tomar, los hitos que sirven para confirmar el rumbo, los sitios donde es necesario tomar en cuenta ciertos indicios para evaluar cambios de ruta y a veces los signos tomados para indicar los límites de las jornadas (recorrido diario): desde cerros a pircas, desde ciertos arroyos al tipo de vegetación, vegas, o colores del terreno. Los elementos necesarios para la toma de decisiones según una tradición de uso del terreno ligada a una particular racionalidad práctica.<sup>11</sup> Así, traeremos otro ejemplo: se destaca en el derrotero (y se indica observar especialmente en el terreno) un curso de agua, que al llegar comprobamos que es insignificante. Sin embargo, observar la magnitud de su caudal en cierto punto del camino puede ser vital para decidir el rumbo. Supongamos que nuestro camino desciende un alto cordón de la cordillera y el baqueano sabe que, más adelante, ese arroyo que deberemos volver a cruzar recibe afluentes. A partir de observar que el caudal del arroyo es más grande de lo debido, el baqueano puede saber que cuando reciba la carga de los afluentes tendrá una profundidad y una corriente que nos impida el paso, obligándonos a dar más adelante un rodeo de varios días.

Tomando otro caso acuático, supongamos ahora que vamos por el camino, ascen-

diendo esta vez hacia el cordón montañoso distante. Quizá sea vital observar en un punto determinado el color del agua de otro arroyo que corta el camino. El baqueano puede saber que el mismo proviene de (o atraviesa en su recorrido) un lugar por donde debemos pasar según nuestro rumbo. Si: 1) el color del agua es terroso, 2) el deshielo no ha sido muy grande ese año, 3) el arroyo atraviesa básicamente lechos rocosos, y 4) el sitio de nuestro interés tiene una determinada altura o posición, el baqueano podrá saber con certeza que en el lugar al cual nos dirigimos -ubicado por ejemplo a unos tres días de marcha- está nevando copiosamente, tapándose los pasos, el camino, la leña y el pasto. Y todo esto pese a que sólo podamos ver en el actual sector un sol radiante. ¿Explicación? Se sabe que dicho arroyo habitualmente es límpido, debido a su lecho predominantemente rocoso. Si está "sucio", esto es turbio, terroso, puede deberse a que el deshielo es muy pronunciado, y su caudal ha crecido mucho arrastrando tierra. Pero como ha nevado poco ese invierno, y el deshielo es relativamente exiguo, su color se explica por la existencia de copiosas precipitaciones en cierto valles o faldeos por donde atraviesa, que han aumentado repentinamente su caudal provocando el mismo efecto. El baqueano conoce que en esos valles y en esta época puede tanto nevar como llover. Pero también sabe que cuando llueve en los mismos, nieva en el sitio al que nos dirigimos, contigo pero más elevado.

Si nos hemos referido a las diferencias y contradicciones existentes entre los modos de representación espaciales y temporales de la baqueanía, y aquellas concepciones hegemónicas de espacio y tiempo como entidades estandarizadas, reificables en unidades discretas y abstractas, no se debe sólo a que nos interese ilustrar la profundidad de una construcción o inscripción cultural, y cómo la misma ha sido producida a partir de concretas experiencias sociales. Hemos desarrollado el caso para evaluar hasta qué punto esas construcciones pueden reorientarse hacia una efectividad práctico-política en los baqueanos. La baqueanía como un tipo de saber puede traducirse, ya lo hemos dicho, en formas concretas de poder territorial y económico.

Desde luego, no queremos sugerir que los baqueanos logren escapar totalmente a la influencia o relaciones de dominación o hegemonía por parte de otros grupos, instituciones y órdenes sociales mayores, en las cuales obviamente se han construido ellos mismos como colectivo. Pero sí que es un factor que, durante largo tiempo, ha permitido a los mismos mantener un importante margen de maniobra frente al control económico y la coerción y hegemonía de los estados. Sus alcances asimismo, se verifican en las limitaciones, improntas y orientaciones que han logrado imponer a las relaciones políticas y organización económica en esta parte de los Andes.

## LA BAQUEANIA EN LAS CONFIGURACIONES CULTURALES DE LA ECONOMÍA ALTOANDINA: EL PROCESO DE LA "RECOGIDA" Y LA ARTICULACIÓN PRODUCTIVA DE GANADERÍA Y CAZA

Desde antiguo la producción de ganado en la región se ha basado en la explotación de pasturas naturales de la cordillera, precordillera y valles adyacentes, que según la estacionalidad se ubican en distintas cotas de altitud. El ganado es dejado durante cierta cantidad de meses en alguna de estas pasturas, denominadas *veranadas* o *invernadas* de acuerdo a la estación en las que son tradicionalmente utilizadas. La *recogida* consiste en rastrear y juntar el ganado, tarea difícil que puede demorar semanas, ya que el mismo suele dispersarse y es menester rastrearlo varias decenas (a veces más de un centenar) de kilómetros en direcciones divergentes. Aunque la recogida es un evento es-

tacional, realizado básicamente para llevar el ganado desde pasturas de veranada a otras de invernada, recogidas parciales se realizan con el fin de trasladarlo entre distintas pasturas a lo largo del año. Esta tarea, es la principal que realizan los baqueanos, tanto en el ámbito de la ganadería doméstica como contratados por el latifundio. Fincas o estancias ganaderas emplean arrieros, baqueanos y puesteros (personas que se instalan en sitios alejados para cuidar un territorio de pastaje) como mano de obra. Esos mismos peones, por otra parte, suelen tener su propio ganado, que explotan generalmente bajo formas de uso de la tierra y relaciones de producción diferentes a las que priman en la estancia, en un sistema en el cual se vinculan los miembros de la unidad doméstica, la familia extensa, o -menos habitualmente- diversas familias extensas. Finalmente, numerosos baqueanos sólo se dedican a la producción doméstica, combinando la caza y la ganadería.

Antes de analizar las diferencias en la articulación de la recogida con formas de explotación domésticas o capitalistas, comentaremos algunos aspectos centrales respecto de la misma. La recogida es una empresa productiva integral que excede a la ganadería e incluye la caza del avestruz<sup>12</sup> y -fundamentalmente- del guanaco, especies que suelen encontrarse con cierta abundancia en las zonas atravesadas para la búsqueda del ganado. Así la caza, aunque puede realizarse en forma independiente, está generalmente implicada en la recogida. La búsqueda del ganado disperso es una oportunidad para encontrar tropas de guanacos e intentar capturar presas, o bien esparirlas<sup>13</sup> en dirección a algún otro grupo lejano (quizá a varios kilómetros) para que las bolee.

Aunque no profundizaremos lo suficiente en esta ocasión la estrecha vinculación para los grupos estudiados entre actividades cazadoras y ganaderas, su análisis no dejaría de ser útil para comprender mejor una problemática de la que los baqueanos no son ajenos: los nexos entre economías y culturas ligadas a la caza - recolección, y otras orientadas a la ganadería y el pastoreo, y, más específicamente, las fronteras o definiciones de domesticación de especies animales. Para los actores, las formas de explotación del ganado vacuno se aproximan en gran medida a las de la fauna silvestre de guanacos, tanto en la organización de la producción como en relaciones de producción y procesos concretos de trabajo aplicados a los mismos. La utilización alternativa, en la ganadería, de las pasturas ubicadas en distintos pisos ecológicos, sigue el modelo de pastaje de los guanacos, con sus migraciones estacionales entre el piedemonte y las pasturas estivales de los valles interiores de la cordillera. En muchos casos, la racionalidad de ambas formas de producción se aproximan: al comenzar la estación propicia, el ganado -acostumbrado a estos movimientos- asciende solo a las pasturas de alta montaña sin necesidad, en general, de intervención humana, tal como lo hacen los guanacos. Como contrapartida, la planificación de la caza de estos últimos está orientada sobre las pronósticos que los baqueanos ensayan sobre su distribución espacial, tan exactas, de ordinario, como las predicciones sobre la futura dispersión y ubicación del ganado, al cabo de su migración, en un área de recogida. La organización del pastaje, además, es pensada teniendo en cuenta la competencia por las pasturas entre vacas y guanacos en el mismo territorio.

Si por una parte la explotación de los pastos está librada en gran medida al "albedrío" de las especies, domésticas y salvajes (términos aquí ciertamente relativos), la principal intervención de los actores para la explotación económica es la misma: la recogida, en la cual durante semanas el rodeo de ganado coincide con el de los guanacos.

Un problema importante a resolver para completar este cuadro, sería determinar

qué tipo -si cabe- de reglas o conceptos de posesión, patrimonio o propiedad comparten los baqueanos respecto a los guanacos y el ganado. Con respecto al primero, hemos podido observar que aunque no se establecen sobre él -estrictamente- relaciones de propiedad, existe un cierto sentido colectivo de posesión sobre los mismos por parte de los baqueanos; el rebaño, el conjunto de los guanacos, como una suerte de patrimonio común. Esta situación se manifiesta en el mantenimiento del secreto colectivo respecto de las actividades de caza, secreto compartido por los baqueanos excluyendo a otros grupos. Los baqueanos, aunque saben de la ilegalidad (desde el punto de vista estatal) de la caza, la consideran legítima si es efectuada por parte de miembros del grupo, y tratan de evitar que cacen “los de afuera”, tanto los que son ajenos al ámbito local como pertenecientes a otras extracciones. Así, la participación en el secreto de la caza es otro posible marcador de identidad “baqueana”, y aunque el guanaco no se plantea como objeto de propiedad, es considerado como una suerte de patrimonio común de los baqueanos.

La recogida, en el ámbito de la producción doméstica, es una empresa relativamente colectiva. Los grupos poseen ganado pastando en la misma área, donde las reses se encuentran mezcladas y dispersas. En una fecha prefijada -que en general coincide con variaciones estacionales que justifican un cambio de territorio de pastaje- los participantes, es decir los dueños del ganado, sus familiares masculinos o aquellos parientes y amigos que representan a otros propietarios de ganado que no han podido asistir, se reúnen y dividen en grupos que cubrirán las diversas pasturas donde se encuentra el ganado. Todas las personas se encontrarán junto con los animales recogidos en un punto, un día e inclusive a una hora predeterminada. Cada rastreador o grupo de rastreadores traerá todos los animales que encuentra, sean o no de su propiedad; cuando está reunido el ganado, separan las reses que le corresponden a cada uno. En esta oportunidad se produce la *señalada*, tanto de los animales que han nacido en el *campo*, como de algunos que a pesar de su dudosa pertenencia (o precisamente a causa de ello) han sido igualmente recogidos por los expedicionarios.

La ocasión de la recogida constituye un importante episodio en la vida social; es el ámbito privilegiado donde se instruye a los niños en los conocimientos propios de la baqueanía: arreo del ganado, caza, rastreo, manejo de las cabalgaduras, normas de actuación, cooperación e intercambio. Cuando el evento reúne mucha gente, deviene una suerte de mercado trashumante donde se intercambiarán caballos, mulas, vacas, ovejas, monturas, etc. Según la asistencia congregada, podrán realizarse comidas y fiestas, donde se evaluará el resultado de la temporada y las perspectivas para la próxima, y se obtendrá y ofrecerá información útil: desde el estado en que se encuentran determinadas pasturas, arroyos, y caminos, la pérdida, adquisición o venta de animales, hasta los movimientos, la actuación y predisposición de la gendarmería en el área de frontera.

La recogida constituye también la principal actividad que realizan los baqueanos en tanto asalariados al servicio de una estancia. El proceso de explotación de las pasturas por parte de una gran estancia también se realiza sobre la base de dejar ganado pastando durante cierta cantidad de meses alternativamente en áreas distantes, en cotas de altitud variables según la estacionalidad. En este sentido, la recogida es básicamente similar en tanto proceso de trabajo, incluyendo la importancia de la baqueanía en tanto conjunto de técnicas. Pero difiere evidentemente en el plano de las relaciones de producción que están implicadas en cada caso.

La diferencia fundamental con la ganadería doméstica es que ésta involucra un sentido de propiedad patrimonial sobre la tierra, en la medida en que los productores

mantienen relaciones de uso común sobre pasturas no enajenadas (Meillasoux, 1975: 59) o que, aunque posean propietario, el uso colectivo es considerado legítimo. En algunos casos, el propio latifundio permite el pastoreo doméstico en parte de sus tierras. En otros, se presenta un abierto conflicto entre la explotación capitalista, el latifundio y el sistema de propiedad por un lado, y la ganadería familiar y el uso comunitario de la tierra por el otro, cuyo eje suele ser la disputa por las tierras de pastaje. Tanto una como la otra acuerdan o compiten por la utilización de las mismas pasturas, independientemente, a veces, de que la ley oficial garantice el derecho de propiedad privada de la tierra.

Habitualmente se consideraba un tema menor el acceso a tierras de pastaje, por la existencia de un gran margen de zonas de pastoreo en la cordillera o precordillera cuya titularidad era muy dudosa o bien constituían tierras fiscales; otras tierras lejanas y de complicado acceso poseían dueños pero eran también “permeables” al uso más o menos furtivo de los baqueanos, dado que no tenían puesteros permanentes. Aunque la mayoría de las tierras tenga propietario, solía ser difícil que pudiera impedirse totalmente el pastaje de ganado ajeno. La única forma de mantener los derechos de propiedad privada *efectivos en la práctica* sobre la tierra, ha sido poblar los campos con animales propios, o bien negociar cánones con baqueanos que buscan tierras de pastaje<sup>14</sup>. En este último caso, los acuerdos debían ajustarse a ciertos niveles aceptables para los baqueanos: las posibilidades de procurar pasturas lejanas, de difícil acceso pero sin costo, constituyeron siempre la herramienta de negociación para obtener de algunos terratenientes condiciones favorables para usufructuar sus campos.

Mas si la noción de propiedad privada entre los baqueanos (en el marco de la producción doméstica) es débil en relación con la tierra, no es así con respecto al ganado.

En el proceso de trabajo básico de la ganadería doméstica -la recogida- podríamos diferenciar dos etapas caracterizadas también por distintos modos de relación de la actividad con el concepto de propiedad de los animales. En la primera instancia el ganado es recogido en forma colectiva independientemente de la propiedad particular de los dueños sobre el mismo, en lo que podríamos concebir como una red de prestaciones reciprocas no diádicas generalizada al interior del grupo de propietarios de ganado, y otra instancia donde se “restablecen” los sentidos de propiedad individual sobre el mismo, incluyendo actividades de separación de arreos y señalada. Podríamos considerar estas últimas, junto con los eventos festivos asociados a las mismas, no sólo como instancia formal de “legalización” de la propiedad privada del ganado, sino más bien como rituales de apropiación que “remarcan” la propiedad individual sobre el ganado luego de la instancia de indiferenciación del rodeo común en el *campo* y del trabajo colectivo sobre el mismo.<sup>15</sup>

Ahora bien: la caracterización de las prácticas baqueanas que hemos esbozado hasta aquí también nos permite comprender ciertas condiciones básicas del alto grado de autonomía que estos grupos han mantenido, quizá desde los momentos iniciales de su propio proceso de articulación en la etapa colonial. Es la alta capacidad de movilización de los arreos entre diversas pasturas, su capacidad para permanecer en el área de cordillera, la facilidad de desplazamiento por senderos y pasos difíciles, la exactitud en el cálculo de los tiempos, la predicción sobre las direcciones de marcha de fuerzas de seguridad o propietarios no baqueanos, en fin, la propia baqueanía, lo que constituye la clave para que los baqueanos realicen actividades fuera de la esfera de las estancias y que el control privado efectivo sobre la tierra, y estatal sobre el territorio no sea total.

## PALABRAS FINALES

Mientras que el cuadro que hemos pintado puede inducir a creer, erróneamente, que es deudor de una realidad etnográficamente “figurativa”, en buena medida hemos ofrecido tramas que sólo una no desdeñable puja analítica y torsión especulativa permiten anudar en un panorama de “coherencia”. Por ese motivo, nos resistimos a declarar en el tramo final de este viaje algún sencillo diagnóstico sobre el destino antropológico de las problemáticas que hemos abordado. Igualmente, pese a nuestros esfuerzos de reflexión y ponderación, es difícil mensurar el grado de impacto -si cabe considerar magnitudes con algún poder de equivalencia o capacidad descriptiva- que en la actualidad posee la baqueanía con respecto al peso global de mutables condiciones sociales y económicas en las que se ven inmersos los actores baqueanos.

Recientemente ciertas instituciones y actores políticos han comenzado a ejercer una fuerte presión sobre la economía doméstica basada en la apropiación efectiva de territorios de pastaje y caza por parte de particulares, y una intensificación del control de la caza y el acceso a pasturas en la zona de frontera. Si la política de cierre de la frontera y el progresivo control del tráfico de ganado a Chile operado progresivamente por el Estado nacional desde 1945 había destruido la producción ganadera en gran escala organizada sobre la propiedad latifundista, hoy la acción del Estado a través de sus fuerzas de seguridad tiende a afectar también las prácticas trashumantes de los baqueanos, dificultando su acceso a las pasturas de los valles interandinos.

Dicho control del movimiento trashumante además de remitir -como comentáramos a partir de Alonso (1994) citando a Malkka-a esa “metafísica sedentaria” del Estado-Nación, para la cual toda forma de nomadismo es vista como disfuncional o patológica, colabora a neutralizar la capacidad de maniobra de los baqueanos en la producción doméstica, a controlar su fuerza de trabajo y a elevar el valor de la renta de la tierra -dado que es su gran movilidad lo que permite a los baqueanos utilizar complementariamente pasturas distantes, presionando además hacia abajo los cánones por el arriendo de campos-.

Es demasiado arriesgado predecir, especialmente sin mayor ejercicio de investigación, cómo afectarán estas tendencias a los baqueanos, sus prácticas, su poder de negociación y resistencia, sus sentidos de pertenencia. Sin embargo, es notorio el hecho de que la baqueanía y los baqueanos han demostrado desde hace largo tiempo una desconcertante capacidad de elusividad, imbricación, y manipulación de sus variables contextos.

Más allá de la consideración de hasta qué punto la producción doméstica cazadora-ganadera de los baqueanos podría ser pensada como “resistente” o “funcional” a la lógica de la acumulación capitalista<sup>16</sup>, nos interesaría destacar la importancia de la propia baqueanía como eje material (cultural) en la articulación de configuraciones económicas, políticas e identitarias particulares, ni totalmente dependientes ni totalmente autónomas pero que, ciertamente, han impactado en la coyuntura histórica regional de la producción capitalista y la capacidad disciplinaria del estado en el territorio. Desde un punto de vista económico-político, además, la baqueanía constituye una capacidad valiosa y potencialmente peligrosa, en la perspectiva del control capitalista. Es una fuerza productiva fundamental para las prácticas de acumulación, pero posibilita también un importante margen de autonomía a los baqueanos.

Pero en perspectiva histórica, el peso que poseen las prácticas espacio-temporales de los baqueanos en tanto condiciones de posibilidad de estas actividades y estrategias, y sus implicancias para la derivación de sentidos de pertenencia colectivos, nos llevan



a reflexionar sobre el carácter ampliamente eficaz que pueden adquirir en el juego político ontologías y epistemes supuestamente anacrónicas. Estas, ocupando incluso un nivel básico de la praxis, pueden llegar a proveer marcos de producción cultural, sino para resistir, quizá para eludir o minimizar el alcance “saturador” sobre la esfera social de hegemonías a menudo mistificadas -y en este sentido coproducidas- por quienes ejercen algunas de sus más acérrimas críticas.

## NOTAS

<sup>1</sup> La categoría, si bien recogida de informantes baqueanos, es muy poco utilizada por los mismos; hemos optado por generalizarla debido a las ventajas que ofrece para caracterizar en nuestro análisis las prácticas culturales de los baqueanos.

<sup>2</sup> Se denominan en la región Valles Interandinos o Veranadas a un conjunto de valles de altura ubicados entre los cordones Frontal y Del Límite de la Cordillera de los Andes, y que abarcan desde el sur de la provincia de Mendoza (las inmediaciones del cerro Aconcagua) hasta el norte de la provincia de San Juan. Debido a que a causa del deshielo estival crecen en ellos las principales pasturas naturales en una vasta región árida æque incluye los territorios argentinos y chilenos de ambas bandas de la cordillera en esta latitudæ han sido un área clave para la ganadería y el pastoreo desde la época colonial.

<sup>3</sup> Sin emitir juicio sobre el uso dado por las élites intelectuales sanjuaninas a estas categorías, señalamos sin embargo que entre los propios actores existen términos como “los Antiguos”, con que suelen aludir en forma ambigua a los grupos aborígenes que habitaron la región como sus propios antepasados.

<sup>4</sup> La traducción es nuestra en este caso, al igual que todas las citas provenientes de ediciones no traducidas al castellano que se encuentran en el texto.

<sup>5</sup> Se denomina así, al igual que en el área patagónica, al joven aprendiz de las tareas de arriero, cuya edad oscila entre los nueve y los dieciocho años, aproximadamente. El marucho tiene el escalafón más bajo dentro del equipo de arrieros, cuyo nivel superior lo ocupa el baqueano. A menudo quedan a su cargo las tareas más pesadas e incómodas: es el primero que debe levantarse para buscar los animales, el que recoge leña, y el que debe ir punteando la caravana junto con la yegua madrina.

<sup>6</sup> No es una categoría de uso local: significa que la marcha de los animales en la cordillera es de uno en fondo. Al igual que ciertos animales salvajes que recorren las montañas en grupo (como los guanacos), los animales domésticos son educados en el hábito de marchar sobre las huellas de los otros.

<sup>7</sup> En nuestra edición de Facundo, (Sarmiento, 1996 [1845]), cap. II, nota 10.

<sup>8</sup> Sorprendemos el siguiente comentario efectuado por el viajero Inglés Francis Head [Notas de un viaje a través de las pampas (1826)], en *Las Pampas y los Andes: Notas de viaje*. Buenos Aires Vaccaro, 1920):

“Cuando el gaucho indicó el cielo diciendo: ¡mire, allí está un león!, salí de mi ensueño y me resregué los ojos, pero sin resultado; hasta que por fin me mostró, muy alto en el aire, numerosos grandes buitres, que volaban sin mover las alas; me dijo que andaban allí porque había un león devorando alguna osamenta y los había espantado”. En *Facundo* (Sarmiento, 1845) edición de Losada, 1963, cap. II, nota 9.

<sup>9</sup> Construcciones de piedra sin argamasa.

<sup>10</sup> Sitios con pasto y agua en zonas quebradas de la montaña.

<sup>11</sup> Esta caracterización es similar a la de los *derroteros*, un cierto tipo de mapas (como los utilizados en la temprana colonización española) en la cual la referencialidad está organizada en base a

elementos terrestres y no astronómicos, cuya principal función es orientar adecuadamente al viajero que debe seguir una determinada ruta, y no la representación adecuada de la misma en relación a un área total. Los baqueanos denominan “*rodoteo*” (seguramente una evolución del término derrotero) a los mapas que, como definió Sarmiento (1966) para lo que se denominaba en su época “derrotero”, indican el itinerario a seguir para el hallazgo de un tesoro o una mina abandonada.

Ilustrativamente, Boaventura de Souza Santos (1991:21) hace la siguiente referencia de los “portolanos” (muy semejantes a los derroteros), los mapas medievales de las costas, en los cuales tampoco se respetaban escalas, sino que se estructuraban como una sucesión de hitos que rescataban icónicamente formas visibles desde el mar: “Cuando somos invitados a una fiesta en una casa cuya localización desconocemos, nuestro anfitrión probablemente nos diseña un croquis que nos orienta eficazmente, a pesar de no representar, o representar muy pobremente las características del camino y del espacio envolvente que tenemos que recorrer hasta nuestro destino. Ilustración semejante puede ser extraída de los portolanos, los mapas medievales de las costas y de los puertos que, a pesar de representar muy imperfectamente el globo terrestre, orientaban con seguridad a los navegantes”.

<sup>12</sup> Habitualmente en el territorio argentino, se denomina con el término *ñandú* a esta especie. Sin embargo localmente prima la denominación genérica *avestruz*.

<sup>13</sup> El movimiento envolvente de los grupos que rastrean ganado, tiene también por objeto producir una concentración de guanacos y avestruces hacia el punto de reunión, ofreciendo ulteriormente buenas oportunidades para el uso de las boleadoras. Además de evocar prácticas de caza ampliamente documentadas de aborígenes de Pampa y Patagonia, la técnica remeda estrategias cinegéticas colectivas de los grupos que habitaban el área estudiada, como las descritas por Sarmiento en *Recuerdos de Provincia* (1966 [1843]: 35-36).

<sup>14</sup> En una finca que disponía de pasturas con pocos animales, sistemáticamente ciertos vecinos entraban ovejas a pastar. Por problemas de sucesión, esta finca hacía años no estaba ocupada, y esos vecinos la consideraban como propia por el uso que siempre le habían dado. Hasta ahora, según el propietario, el vecino no acepta que no pueda usar esa tierra, a pesar de que se le mostraron los títulos de propiedad.

<sup>15</sup> Estos rituales son asimismo el punto culminante (en el sentido de importancia y de finalización) de la recogida. Entre una y otra recogida, el ganado vuelve a abandonarse en conjunto a su propia suerte en los valles y faldeos cordilleranos, generalmente durante meses.

<sup>16</sup> Tal como sugiere Stoler (1987), los trabajadores pueden utilizar un conjunto de estrategias de autosuficiencia que, desde el punto de vista del capital, pueden ser tanto funcionales como disfuncionales. Por un lado, al proporcionar medios de reproducción propios de la mano de obra permitirían reducir el costo de la misma; por el otro, esta autonomía puede constituir un atenuante a la presión sobre los trabajadores en relación con la venta de su fuerza de trabajo, sustrayéndose relativamente al control del capital, encareciendo así el costo de la mano de obra por la reducción de su oferta; y en último caso, posibilitaría estrategias de resistencia.

## AGRADECIMIENTOS

A los baqueanos y arrieros de las *cordilleras* sanjuaninas.

A Claudia Guebel y los compañeros del seminario “Tiempo y Espacio Social”. FFyL UBA (en el marco del cual fue realizado el trabajo que daría origen a este artículo). Debo también mi reconocimiento a los sugerentes comentarios de Gastón Gordillo, Bárbara Göbel y Fernando Balbi, aunque toda opinión vertida en el texto es de mi exclusiva responsabilidad.

## BIBLIOGRAFIA

- Alonso, A. M.  
1994 The politics of Space, Time And Substance. State Formation, Nationalism, and Ethnicity. *Annual Review of Anthropology*, pp. 379-405.
- Bohannan, P.  
1963 Land, tenure and land-tenure. Biebuyck D. (Ed.) *African Agrarian Systems*, pp. 101-111, London, Oxford University Press.  
1967 Concept of Time Among the Tiv of Nigeria. Middleton, J. (Ed.) *Mith and Cosmos*, pp. 315-329, New York, The Natural History Press.
- Clifford, J.  
1992 Travelling cultures. En: Grossberg, L., Nelson C. y Treichler (Eds.) *Cultural Studies*, pp. 96-112, London - New York, Routledge.
- De la Torre, J. L.  
s.d. *Donde Nacen los Ríos*, Buenos Aires, Instituto Amigos del Libro Argentino, s.d.
- Draghi Lucero, J.  
1981 [1966] *El Hachador de Altos Limpios*, Buenos Aires, Eudeba.
- Estrada, M.  
1985 *Leyendas y Supersticiones Sanjuaninas*, Buenos Aires, Tucumán.
- Guinzburg, C.  
1994 Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciarias. *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e Historia*, pp.138-175, Barcelona, Gedisa.
- Head, F.  
1920 (1826) *Las Pampas y los Andes: Notas de Viaje*. Buenos Aires, Vaccaro.
- Le Goff, J.  
1983 Tiempo de la iglesia y tiempo del mercader en la edad media. *Tiempo, Trabajo y Cultura en el Occidente Medieval*, pp. 45-75, Madrid, Taurus.
- Mauss, M.  
1971 (1905) Ensayo sobre las variaciones estacionales de la sociedad esquimal. *Sociología y Antropología*, pp. 359-430, Madrid, Tecnos.
- Meillasoux, C.  
1987 (1975) *Mujeres, Graneros y Capitales*, México, Siglo XXI.
- Michieli, C. T.  
1992 Tráfico Transcordillerano de Ganado y la acción de los indígenas en el s. XVII. *Publicaciones*, pp. 21-27, San Juan, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo UNSJ.

Santos, B. S.

1991 "Una Cartografía Simbólica de las Relaciones Sociales. Prolegómenos a una Concepción Posmoderna del Derecho" en *Nueva Sociedad*, pp. 18-38, Caracas, Texto.

Sarmiento, D. F.

1966 [1843] *Recuerdos de Provincia*, Buenos Aires, Sopena Argentina.

1963 [1845] *Facundo*, Buenos Aires, Losada.

Stoler, A.

1988 Transiciones en Sumatra: el capitalismo colonial y las teorías sobre la subsunción, Godelier, M. (comp.) *Antropología de los procesos de subsunción*, UNESCO.

Thompson, E. P.

1984 *Tradicón, Revuelta y Conciencia de Clase*. Barcelona, Grijalbo.

Williams, R.

1980 *Marxismo y Literatura*, Buenos Aires, Península.